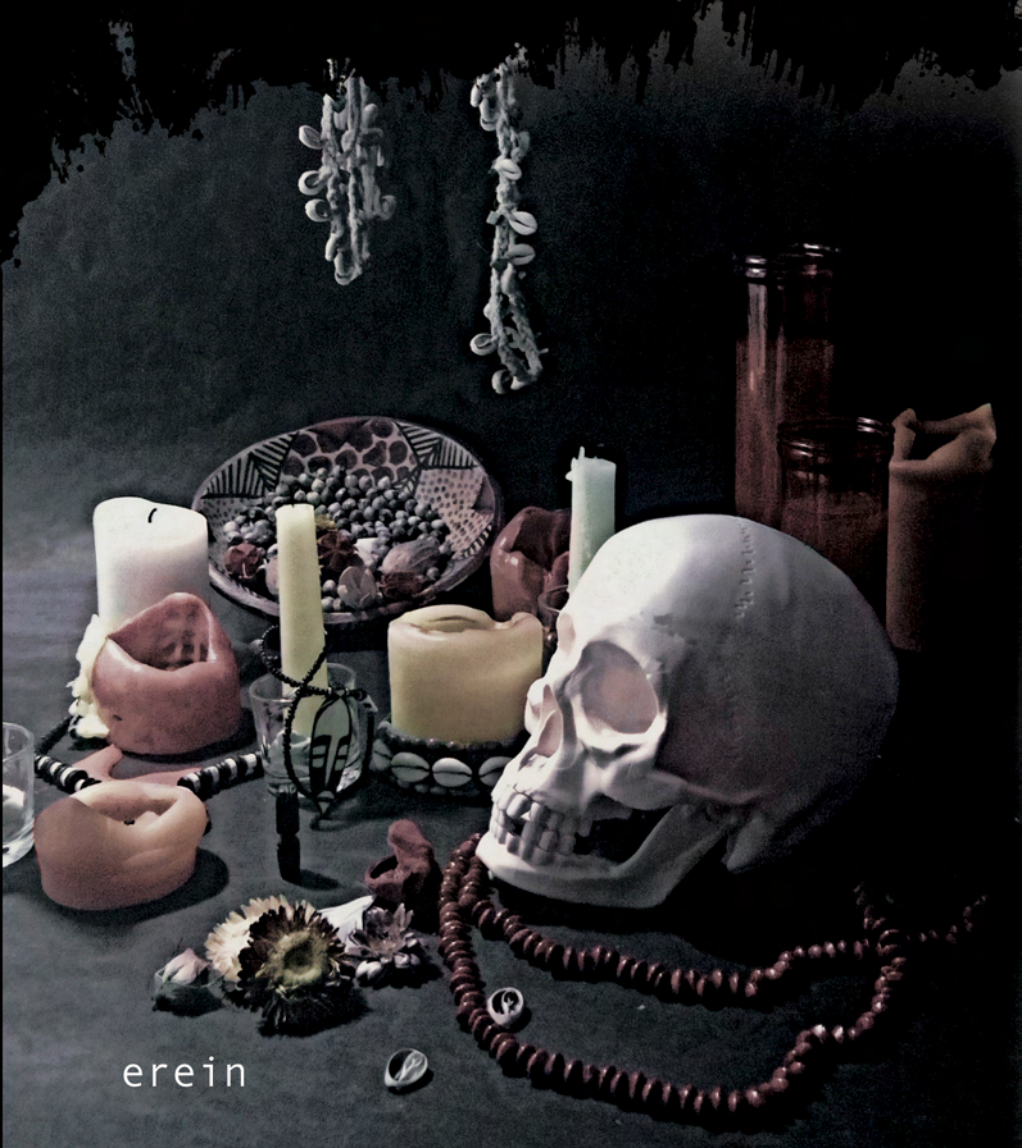


ANTON ARRIOLA

# EL NEGRO Y LA GATA



erein

ANTON ARRIOLA

# EL NEGRO Y LA GATA

22

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*1.ª edición: Noviembre de 2016*

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Anton Arriola

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-171-4

D.L.: SS - 2149/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

ANTON ARRIOLA

**EL NEGRO  
Y LA GATA**

erein

*Para Ainhoa, Mikel y Anton,  
nuestro peso y nuestra levedad.*

*A Pedro Echebarria y Javi Villar,  
que sembraron las semillas de esta historia.*

“El peso es la búsqueda de una continuidad, el intento fútil de solidificar el ser y el estar. Pero en realidad los momentos de plenitud, aquellos en los que tocamos con las yemas de los dedos la eternidad, tienen la naturaleza de la levedad, conllevan indefectiblemente un desprendimiento de toda la pesadez de este mundo: es la experiencia mágica y siempre efímera de la pura belleza, del puro amor”.

MILAN KUNDERA

# El Negro

## 1



Fue la víspera de San Pedro Canisio cuando el Negro me habló por primera vez de lo que dio en llamar tentativa de asesinato, término que repetía sin atisbo de duda y con miradas de loco que requerían continuos gestos de asentimiento por mi parte. Apareció de mañana en la sacristía, a una hora des acostumbrada, y pude atenderle solo porque Kundera se había retrasado aquel día. Unas marcadas ojeras sobre el rostro sin afeitar y pálido en extremo —el Negro era muy blanco de tez, sin duda origen de su apodo— me infundieron la certeza de que había vuelto a las andadas, pero él negó con un movimiento brusco de su cabeza y una mirada entre ofendida y resignada. “Llevo cinco días sin dormir, Padre”, dijo como explicación. Aclaró que tenía los nervios desquiciados, pero que no se había metido nada. Entonces le pedí que quemase un poco de incienso, sabiendo que aquello le calmaba. Pasados unos minutos comenzó a contarme el incidente. Habló sin

pausa durante una buena media hora, tomándose su tiempo y sin obviar los pequeños detalles. Por momentos relataba con voz crispada y juramentos, y en otros de forma entrecortada y con silencios que, a pesar de que disimulaba, era evidente que le servían para contener una desazón que de otra manera hubiera podido acabar en balbuceos o incluso en llanto. Y no era cosa de llegar a esos extremos.

Había ocurrido días atrás, debió de ser hacia San Urbicio, cuando conducía por la A-8 en la entrada a Bilbao, a la altura de Barakaldo. Lo primero que le venía a la memoria era el momento en que había aferrado con fuerza el volante y reducido bruscamente la velocidad. Hacía ya un rato que el aguacero golpeaba el parabrisas con una violencia desatada, “una furia incomprensible”, añadió mirándome con asombro, como si en ello hubiera algún misterio que entre los dos pudiéramos desentrañar. Para su desconcierto, el chubasco había seguido creciendo en intensidad, hasta que la lluvia pareció querer reventar en pedazos su pequeño y destartado Peugeot. Por unos instantes, el Negro se había preguntado con sarcasmo si realmente era posible que el cielo tuviera algo contra él; pero acto seguido, a tiempo de evitar caer en uno de sus frecuentes raptos de autoconmiseración, recordó que conocía desde niño los arrebatos sin fundamento del clima del lugar.

Se había visto forzado a levantar el pie del acelerador hasta detener prácticamente la marcha. Ya ni siquiera veía las luces del vehículo que le precedía. A aquella hora, once de la noche, el tráfico era escaso, lo que le había tranquilizado



algo. “Pero muy poco”, matizó. “Accidente por alcance”, había evocado de la época del carnet de conducir, y me contó que lo repitió en voz alta, a la vez que miraba por el retrovisor: estaba parado en la oscuridad de la tormenta en mitad de una vía donde los coches solían circular a más de cien kilómetros por hora. Para rebajar su creciente nerviosismo, se había recordado entonces que al fin y al cabo debía considerar la muerte como una opción aceptable, con numerosas ventajas sobre su estado habitual. Yo ya estaba al tanto de que desde hacía un tiempo se había acostumbrado a realizar aquel cálculo, con el que intentaba refrenar “la absurda impresión de que esté en juego algo valioso”; le ayudaba a mitigar la angustia —me había aclarado sin atisbo de ironía—, aunque yo estaba convencido de que en el fondo estaba lejos de aceptar el corolario de aquel cómputo. Se esforzó en cambio en ver algo, agachando la cabeza y proyectándola hacia el cristal, donde los limpiaparabrisas bailaban tan frenéticos como inútiles. Tras varios esfuerzos había conseguido volver a divisar las luces rojas, e intentó seguir aquella estela.

Unos centenares de metros más adelante, la lluvia había comenzado a disminuir su intensidad, tan repentinamente como la había incrementado un rato antes. Al percibirlo había suspirado con alivio. En realidad conocía de sobra aquel patrón de conducta, y sabía además que normalmente aquella calma se consolidaba, de tal manera que uno podía seguir su camino, con una cierta prudencia; y que por otro lado en ocasiones se trataba tan solo de un amago y la lluvia arreciaba de nuevo con fiereza renovada. Pero en esta ocasión las nubes

oscuras y pendencieras habían seguido su rápido camino, permitiéndole a él seguir el suyo. Todavía llovía, pero se trataba ya de una leve circunstancia que apenas podía ser tenida en cuenta por los conductores acostumbrados a la cornisa Cantábrica. El Negro me contó, en un inciso, que en condiciones como aquellas él solía recordar una lejana lección de ciencias naturales: “las nubes llegan del Atlántico y chocan contra la cordillera Cantábrica, que las retiene y hace que descarguen. Por eso llueve tanto y está todo tan verde”. O algo similar, él no había sido un buen estudiante. “Lo repetí en voz alta, como para relajarme”, añadió, “pero me sentí un poco imbécil”.

En este punto de la narración me miró algo perplejo, tal vez inseguro de si haberme relatado aquel preámbulo tenía alguna utilidad. Pero se ve que el recuerdo de aquella noche se le agolpaba en la mente, ansioso por salir al exterior, y no tardó en continuar su relato con redoblada intensidad.

Prosiguió hacia su destino, el diminuto apartamento en la zona alta de Cruces que un amigo le prestaba. Había olvidado ya su encuentro con el chubasco, pero el estado de alerta no le había abandonado todavía. Es probable que este fuese el motivo por el que se asustó más de lo normal cuando un vehículo –pudo ver después que se trataba de un Volkswagen Scirocco de color azul eléctrico– le pasó a gran velocidad, cercanísimo a su flanco izquierdo, salpicando una gran cantidad de agua que impactó con violencia contra su puerta, lo que hizo que el Peugeot se zarandeara peligrosamente. Y es probable también que un susto repentino

como aquel actuara como una chispa en el polvorín de nervios del Negro, y que este fuera el motivo que le llevó a increpar al Scirocco con insultos y gestos ofensivos, en una reacción decididamente más violenta de su habitual. Matizó sin embargo que todo ello lo había hecho con timidez y sin abrir la ventanilla, “usted ya sabe que yo temo cualquier trato con desconocidos, incluso con conocidos”. Pero a pesar de ello, ya en aquel momento, cuando bajó el dedo, sintió una leve intranquilidad: pensó que no debía haberse exaltado, no sabía uno nunca con quién se la jugaba, y solo cabía presuponerle un carácter agresivo a aquel conductor anónimo —había podido comprobar que se trataba de un conductor sin acompañantes.

Ante esta afirmación no pude menos que adoptar un gesto de resignación y asentir con la cabeza. Y los hechos no tardaron en confirmar su aprensión y la mía: con el incidente había reducido la velocidad, pero comprobó con un escalofrío que a pesar de ello se estaba acercando con rapidez al Scirocco azul. Para cuando determinó con certeza absoluta que este le estaba esperando se encontraba ya casi a su altura. “Tras dudar un instante, me armé del valor suficiente para pisar el acelerador y pasarle por la derecha, sin ni siquiera mirar al conductor”, relató, simulando un ademán de velocidad. Nada más superarlo observó inquieto por el retrovisor, y siguió haciéndolo mientras aumentaba paulatinamente la distancia. El Scirocco se iba quedando atrás, parecía seguir inmóvil, y él había comenzado a albergar la esperanza de que tal vez el incidente fuera a terminar allí; pero en realidad no

se lo acababa de creer, no tenía sentido, se temía que aquello no había hecho más que empezar, “hay algo demasiado terrorífico en la imagen de un coche esperándote en mitad de la circunvalación”, me dijo, y yo volví a asentir.

Sus temores no tardaron en confirmarse: el primer movimiento del Scirocco fue volver a pasarle como un relámpago, meterse acto seguido en su carril, y frenar bruscamente. El Negro había frenado a su vez justo a tiempo de evitar el accidente, desde luego así se lo pareció, y con el miedo asentado ya con firmeza en sus tripas, había vuelto a adelantarle, esta vez por la izquierda. Aceleró de nuevo, con desesperación, preso del instinto de huida; “joder, me dije, si ni siquiera me ha podido ver, si solo he sacado el dedo un segundo, no es para tanto, joder, pero por qué hay tanto cabrón...”. El Scirocco no había tardado en volver a alcanzarle, pero esta vez no le superó, si no que se quedó a su altura. El Negro había intentado entonces obtener una imagen del conductor por el rabillo del ojo, más bien robar aquella imagen, sin que el otro se diera cuenta, sin que sus ojos se cruzaran. Había acertado a vislumbrar una mueca macabra, era lo que se esperaba, un gesto sonriente y determinado, dispuesto, si venía al caso, a hundirse en los infiernos. Acto seguido, aquel tipo había dado un volantazo al que él, que ya se temía algo similar, había podido responder. El Peugeot patinó sobre la calzada mojada y se acercó a escasos centímetros de la mediana. Siguieron varias embestidas acompañadas de un chirriar de ruedas y frenos, que me relató de forma atropellada. Al cuarto volantazo el Peugeot

había impactado contra la mediana y rebotado con violencia hacia el Scirocco, que lo había esquivado con habilidad. El Negro no había podido dejar de admirar por un instante la pericia al volante de su atacante, pero al momento pasó a lamentar los nuevos daños al Peugeot, y seguidamente se acordó de su cálculo, qué más daba morir, aunque me reconoció que no le había tranquilizado lo más mínimo. La imagen que se le fijó por más tiempo en la mente había sido la del cazador y su presa, el pánico en la mirada del conejo. Mi amigo era adicto a los documentales.

Sin embargo, tras el golpe, en un vuelco inesperado, el agresor se había calmado, arrepentido tal vez de su arrebato: el Negro había advertido de refilón que había bajado la ventanilla y le estaba haciendo señas. De alguna manera había percibido la naturaleza conciliadora de aquellos gestos y se había atrevido a mirarle. El rostro poco antes demoniaco era ahora amistoso. La secuencia de los gestos indicaban en primer lugar “perdona, se me ha ido la cabeza”, después “tranquilo, ya se me ha pasado”, finalmente “baja un segundo la ventanilla y lo hablamos con tranquilidad”. Había sentido cómo su cuerpo se destensaba, “realmente aquel tipo podía ser muy amistoso”, y él quería creerle, aunque claro, no podía fiarse. El otro pareció impacientarse, estaba haciendo todo lo posible por ser amable, ya había dicho que lo sentía, “baja la ventanilla, hombre”. Por un momento, pensó que había algo ridículo en que transitaran por la circunvalación de aquella manera, juntos y a la misma velocidad; y sin embargo no se atrevía a acelerar o a frenar, temía que

cualquier movimiento brusco pudiera provocar la cólera del Scirocco. Fue este pensamiento el que le había llevado a bajar su ventanilla, no fuera a ser que el otro decidiera pasar de nuevo a la acción —aquí hizo un alto en su relato, para continuar con voz quebradiza después de unos segundos—. Estaba volviendo a fijar su mano derecha en el volante cuando el tipo del Scirocco, con rapidez extraordinaria, le lanzó un objeto que atravesó la ventanilla abierta para estallar con violencia contra la parte interior del parabrisas; “por increíble que parezca”, rememoró, “tuve tiempo de registrar que una botella se aproximaba, y que por las estrías características del cristal parecía tratarse de una botella de Coca-Cola; tuve tiempo de pensar que el cristal de las botellas de Coca-Cola es muy grueso; y tuve el tiempo justo para cubrirme el rostro con el brazo derecho”. Sintió que pedazos de cristal impactaban en su mano y en la parte del rostro que no estaba protegida y lanzó un grito de dolor mientras recuperaba a duras penas, de forma instintiva, el control del volante. El Scirocco había vuelto de inmediato a la carga, empujándole con volantazos a la mediana, y él había sentido entonces la certeza de que aquel tipo quería cobrarse su vida, de que nada que no fuera su muerte le iba a contentar.

En este punto siguió un largo silencio, en el que al Negro no le salían las palabras y yo hice amago de tocar su mano, aunque me quedé a medio camino. “Durante unos segundos me vi superado por el terror a morir”, dijo finalmente con voz temblorosa. Pude percibir que había abandonado enteramente

aquel resquicio de contención irónica que siempre aplicaba a nuestras conversaciones, y los dos nos miramos fijamente, con mayor sinceridad de la que nunca habíamos compartido, antes de que prosiguiera su relato. Afortunadamente, comprender que iba a morir allí, de forma absurda, una víctima cualquiera de la sinrazón de un perturbado, había producido en él una lucidez desesperada, de animal cercado, que fue la que le permitió focalizarse en encontrar una estrategia de supervivencia mientras seguía esquivando los ataques del Scirocco. A cien metros vio una salida de la circunvalación; le parecía que había ejecutado la maniobra con gran pericia, y a mí me lo parecía también, dadas las circunstancias: faltando veinte metros pisó a fondo el pedal del freno y con un volantazo se metió por aquella vía de escape, que corría paralela un trecho para luego desviarse hacia la derecha. El Scirocco se pasó la salida y quedó parado varios metros más allá. En otro destello de lucidez, o tal vez no, apuntó mentalmente la matrícula. Después se había largado de allí, forzando al máximo el motor de su pequeño Peugeot.

Cuando pensó que estaba ya fuera del alcance del asesino del Scirocco había parado en un arcén y apuntado la matrícula en su móvil: “BI-2633-CR”. Los dedos le bailaban nerviosos sobre el teclado y tuvo que corregirse varias veces. Fue entonces cuando al verse en el retrovisor se dio cuenta de que sangraba de la sien; “¡joder!, grité, ¡joder!”. Se había quitado un par de trozos de cristal adheridos a la piel, limpiado la sangre con la manga de la camisa y comprobado que las heridas no eran profundas. Había vuelto a

gritar y seguidamente comenzó a sollozar; “pero muy bajito, Padre, muy bajito”. Lloró un buen rato, me dijo, alternando el alivio con la desesperación: alivio por haber logrado salvar el pellejo, desesperación por su mierda de suerte. Cuando se calmó pensó que tenía que seguir –“con el camino a casa, y también con mi vida”– y sollozó un poco de nuevo, para comenzar después a recitar una letanía incoherente de la que al parecer al día siguiente no recordaba nada, salvo que no cesó hasta que se quedó dormido en su piso prestado.

Cuando el Negro terminó su relato aparentó desinflarse paulatinamente ante mis ojos, hasta parecerme que se hacía pequeño e indefenso como un niño. Realmente era un tipo enjuto y no muy alto, pero su mirada y una cierta predisposición latente de sus músculos transmitían una fiera que le hacía parecer más voluminoso de lo que era. Sin duda un recurso de defensa aprendido a base de golpes. Pensé que ni en sus peores momentos, en el centro penitenciario de Basauri, le había visto tan deshecho. Toqué –esta vez sí– brevemente su mano antes de levantarme a por la botella de vino que guardaba en la sacristía. Mientras servía un par de vasos, cavilé con pena que aquel chico tenía verdaderamente una suerte de mierda, y me vino a la mente, junto con una sonrisa ácida, la tercera de las bienaventuranzas, que dictamina que los que lloran deben sentirse bienaventurados, dado que “serán consolados”.



## 2



No me iba a acostumbrar jamás a despertarme a las seis de la mañana. Siempre había sido una persona que dormía mucho, desde luego no menos de ocho horas, y había pasado un auténtico calvario con las vigias en el Seminario. Sin embargo, desde hacía años y por voluntad propia, me veía forzado a repetir todas las mañanas el mismo ritual mental: tras apagar el despertador, me debatía en la cama durante cinco o diez minutos, sin llegar a comprender el mecanismo interno por el que una obligación autoimpuesta se convertía en un deber ineludible. Estaba en mi mano volverme a recoger bajo las mantas –faltaban casi un par de horas para el amanecer y el frío era intenso–, y sin embargo, no lo estaba, preso de una voz interior que me impelía a levantarme. Entendía que era mi propia voz, pero por otro lado, no lo era. No, desde luego no era la voz de Dios, creo que ni siquiera la de mi conciencia; se trataba más bien de un mecanismo

automático, instintivo, reflejo de esa ecuación que nos encadena a los humanos a nuestros afanes: con sacrificio hay recompensa, sin sacrificio frustración y vacío. Todavía tendido saqué la pierna izquierda por debajo de las mantas y la utilicé a modo de gancho para retirarlas de encima de mi cuerpo. A pesar de llevar los calcetines de lana noté los pies fríos. Meforcé a alzarme y caminé –más bien arrastré dolorosamente mi cuerpo– hasta la diminuta cocina. Mientras comenzaba a preparar el café asomé la mirada a la ventana, la única del apartamento que de día permitía ver el mar. Las brumas y la humedad se intuían en la oscuridad. Agucé entonces el oído hasta captar el rugido de las olas batiendo en la playa de Atxabiribil, un clamor violento y amenazante que invitaba a rehuir aquel comienzo de día, que era a su vez comienzo de año, de siglo y de milenio. No recordaba haber estado en mucho tiempo tan cerca de mandar todo al carajo y volverme a meter en la cama –algo que mi formación en el sacrificio hubiera tardado en perdonar–, pero decidí que empezar con mal pie el tercer milenio hubiera sido demasiado perturbador.

Uno de enero: Santa María, Madre de Dios, Virgen. Al salir al frío exterior sentí una serie de retortijones fastidiosos en el bajo estómago, recuerdo de la cena en la residencia del obispado. La última cena del año. Me vino a la mente aquella otra última cena: ¿sabría realmente Jesucristo que Judas Iscariote le iba a traicionar? De saberlo, por pura lógica, hubiera huido en lugar de cenar con sus discípulos. Pero es ciertamente posible que sabiéndolo no quisiera rehuir su responsabilidad;

más difícil es que intuyera que Pedro le iba a negar tres veces. El caso es que Judas le traicionó y Pedro le negó, y lo novedoso es que él los perdonó; y sobre esto último yo no tenía ninguna duda. ¿Sabría el Obispo que el Padre Azurmendi, a quien tanto apreciaba, era también un traidor, un negador? ¿Me perdonaría? Comencé a trotar bajo las fúnebres farolas de la calle Kukullu, preguntándome como cada amanecer sobre la incoherencia de mi posición, sobre el compromiso y la traición.

Creo que a todos nos ocurre que determinados lugares posean la peculiaridad de referirnos de forma automática a recuerdos recurrentes; de la misma manera, mis refutaciones teológicas y existenciales habían ido adhiriéndose a lo largo de los años a los diferentes tramos y recodos de aquel recorrido que repetía al trote cada día. Y la primera parte del mismo, que consistía en salir de la urbanización de pisos Sopelmar —un atentado urbanístico en toda regla sito en la localidad costera de Sopelana, en la que habito desde que me ordené sacerdote— para, en los meses cálidos, bajar a la playa y recorrerla de punta a punta, correspondía al momento de mayor desazón. Y este era aún mayor en invierno, cuando pareciéndome el arenal demasiado inhóspito, incluso peligroso, tomaba el camino de barro que bordea los acantilados. Hacia allí me encaminé también aquella mañana, a la luz de mi frontal, especialmente mortificado como cada vez que una reunión fraternal con mis hermanos en la fe ponía en mayor evidencia la hipocresía de mi posición. Peor todavía, en eventos como la cena de Nochevieja del día anterior,

se disparaba el más acuciante de mis temores, el de que todos mis camaradas conocieran ya sobradamente mi traición. La cuesta arriba que desemboca en el paseo que une Sopenana con La Galea solía ser el peor momento, y también aquel día coincidió con mi mayor desánimo. Influía, además, que era una cuesta bastante dura —y haber pasado ya de los cincuenta no ayudaba—. En esta ocasión no dejé de dar vueltas en la cabeza a ciertas palabras que me había dirigido el Padre Sebas después de las uvas, y que ahora me parecían llenas de insinuaciones, incluso de alusiones muy explícitas. No era infrecuente que al final de aquellas rampas, profundamente atribulado, adoptara la firme decisión de acercarme a Bilbao a confesar ante el Obispo; también aquel primero de año sucedió así, y como ocurría siempre, me relajé por completo después de tomar aquella decisión absolutoria. Fue entonces cuando la posición del Negro volvió a rondarme la cabeza. Al encarar a trote cochinerero la suave pendiente que discurre unos cien metros por encima de La Salvaje, mi playa preferida, había olvidado ya por completo la presunta confabulación del Padre Sebas, para pasar a centrarme en un peligro mucho más acuciante: el que corría aquel pobre diablo.

La llamada del subcomisario Barrutia me había pillado la tarde anterior montado en el Metro, camino de la cena en el obispado. El subcomisario, por algún extraño motivo, era un hombre mucho más parco y seco al teléfono que en persona. Curiosamente a mí me pasaba lo contrario, era recibir una llamada y avivarse mi locuacidad; quizás se tratase

de un distintivo de la soledad que nos acompaña a los curas en nuestra profesión. “Ave María Purísima”, había contestado yo. Así solía hacerlo a veces cuando me encontraba de buen humor. Alguna vez aquella pequeña irreverencia me había puesto en un aprieto con algún hermano un poco rígido, pero bueno, al fin y al cabo era Nochevieja. “Déjese de coñas, Padre, ya tengo lo del Negro”, había contestado Barrutia, con seriedad creo yo que un poco fingida.

Aquí debo explicar que era “lo del Negro”. Y es que en una demostración más de los misterios inescrutables de la casualidad, mientras paseaba por una calle de la periferia de Sopelana el atardecer del día de Navidad, es decir, pocos días después del relato del Negro, me había topado de bruces con un Scirocco azul eléctrico. Y no es un coche que se vea mucho, al menos no entre la tradicional sobriedad de los vascos (en nuestra concepción de las cosas –o al menos así lo entiendo yo– el Siroco es un viento africano y con fama de alocado que por fortuna no llega hasta aquí, y el azul eléctrico un color que chirría con nuestro modo de ser). El caso es que el coche se hallaba aparcado en batería frente a la acera de la calle Haizeder. Apunté mentalmente la matrícula: “BI-2633-CR”. Estaba casi seguro de que se trataba de la misma que me había referido el Negro. Me quedé un rato por allí, motivado por ese impulso detectivesco que suele aflorarnos en este tipo de situaciones. A falta de otra cosa, observé las viviendas de la zona: a un lado de la calle se alzaban edificios residenciales de ladrillo rojo, de dos y tres plantas, y al otro viviendas unifamiliares de construcción variopinta, la

mayoría modernas pero también algún caserío de toda la vida. A ese mismo lado, un poco más adelante de donde yo me encontraba, había un descampado con una excavadora Komatsu y un burro, que me examinaba con esa curiosidad imprecisa y alelada de los burros. No se veía a nadie más por allí, y tan solo pasó un coche en el rato que estuve fisgando e intercambiando miradas recelosas con el animal. Ninguno de los dos parecía entender qué hacía el otro en aquel lugar. Los vecinos por su parte debían de hallarse disfrutando todavía de la larga sobremesa propia de la festividad. Cuando se encendieron las farolas de la calle me decidí por fin a seguir con mi paseo, aunque continué lanzando miradas esporádicas al Scirocco según me alejaba. Hubiera estado bien verle la cara y el ademán a aquel siniestro conductor suicida, pero me tuve que resignar a esperar a mejor ocasión. Fue entonces cuando se me ocurrió aprovechar mis conexiones entre las fuerzas de seguridad para indagar sobre la identidad de aquel tipo: pensé que incluso podíamos contemplar la posibilidad de denunciarle, aunque imaginé que sin testigos iba a ser tarea difícil. En cualquier caso, el subcomisario Barrutia, que conocía al Negro de su periplo en Basauri, era la persona indicada para echarnos un cable. Tras corroborar con mi joven amigo que en efecto aquella era la misma matrícula –sin darle más precisiones del motivo de mi pregunta–, se la había pasado a Barrutia para que realizara las comprobaciones pertinentes.

“Fidel Otxoa, calle Haizeder 16, 2º izquierda; cosa fina, ya puede el Negro andarse con ojo”, había afirmado lacónico

el subcomisario, tras lo cual habían transcurrido unos segundos en silencio antes de que se decidiera a ofrecer más detalles. “El propietario del vehículo tiene antecedentes para dar y regalar en los apartados habituales”, había añadido al fin con cierta impaciencia en la voz, seguramente motivada por verse forzado a dar más información de la que le hubiera gustado, “altercados, desacato a la autoridad, agresiones y maltrato de género; lo conocen bien en la comisaría de Getxo. Un tipo violento, lo que técnicamente llamamos un psicópata peligroso”. Tras aquella tremenda aseveración, el subcomisario había pretendido cerrar la conversación con un escueto “que empiece bien el año, Padre”, y debía estar ya a punto de colgar cuando conseguí retenerlo. Aquella relación de los méritos criminales del “homicida del Scirocco” me había alarmado, y no poco. La posibilidad de que el Peugeot y el Scirocco volvieran a cruzarse no era en absoluto descartable. De hecho, yo la consideraba hasta probable, dado que el Negro se pasaba todas las semanas por la cercana parroquia de Berango, y además tenía muy mala suerte. “Barrutia, esto me parece muy serio”, le había interpelado con urgencia y preocupación en la voz, “¿no hay nada que podamos hacer?” Mi interlocutor había callado un rato más, sopesando qué me podía decir. “Si el Negro le denuncia se mete en un lío y no llega a nada; no hay testigos, no lo denunció en su momento, es un expresidiario... lo mejor es que cambie de coche”. He de decir que de primeras me sorprendió aquella ocurrencia, cambiar de coche, como si nada. Pero enseguida había caído en la limpieza y sencillez

de la solución: qué le importaba al Negro intercambiar su Peugeot por cualquier otro trasto. Qué grande era Barrutia, escueto y eficaz. Me lo había imaginado entonces sosteniendo el teléfono con el cuerpo erguido y los músculos en tensión (el subcomisario era lo que suele denominarse “un tío cachas”, pero de una forma peculiar, no ociosa, sino profesional). Con el rictus serio y concentrado, y el leve aroma de su colonia masculina reafirmando su autocontrol... y sin embargo, toda aquella pose traicionada por el brillo bondadoso de sus ojos azules. Le había agradecido su ayuda de corazón, y tras desearnos un buen año nos habíamos despedido.

Recordando todo aquello había llegado ya con mi trote cansino al viejo bunker de la Guerra Civil, el que se asoma al mar Cantábrico por encima de la playa de Aizkorri. A esta altura del recorrido tenía el hábito de abandonar el paseo para tomarme un pequeño descanso, a la vez que me asomaba yo también a los imponentes acantilados. Muchas veces, en especial cuando el día amanecía sereno y prometedor, fantaseaba allí unos minutos con lo que hubiera sido mi vida de no haber sido cura. Porque mi primera vocación había sido la de marino. Pero aquella mañana no di con mi vena romántica, y las brumas que cubrían el mar en formación cerrada, acercando el horizonte a la luz de mi frontal, no me ayudaron a inspirarme. Acepté resignado que el día no estaba para fastos de la imaginación, y volví casi de inmediato al asunto del Negro; y lo hice en aquel punto reavivando por unos instantes el cabreo que me había cogido el día anterior.



Porque aquel terco como una mula había dicho que no, que él no pensaba cambiarse de coche. No sirvió de nada que le reiterara repetidas veces que sabía de buena tinta que aquel tipo era un psicópata muy peligroso. Nos habíamos enzarzado entonces en una discusión telefónica que duró hasta la puerta del obispado, y que por momentos habría podido tildarse de subida de tono. Al parecer el Negro y yo estábamos pasando a nuevos niveles en nuestra relación, algo que tiende a ocurrir cuando no dejan de llamarte “Padre”. Me afectó en especial el que utilizara mi propia medicina para defender su posición: me espetó que él se sabía un pobre paria desgraciado, pero que “como el Sísifo de Camus”, se acogía “a la única dignidad posible para el hombre, la rebeldía”. Me había parecido un golpe bajo que utilizara las lecturas que yo mismo le había recomendado para afear mi pretensión, que solo buscaba su bienestar, o más bien su supervivencia. Y encima el muy obtuso parecía haber comprendido bastante bien a Camus.

La larga cuesta abajo que lleva hasta la fuente de Gorrondatxe me sirvió para calmarme, y entonces no pude menos que enternecerme durante unas decenas de metros con el pundonor de aquel chico. Era tratado como la escoria sobrante de la sociedad, vivía acosado por un mundo hostil, suponía una excepción asombrosa a la distribución normal de la mala suerte, y sin embargo, aún estaba dispuesto a defender con uñas y dientes su dignidad. Era una decisión a todas luces absurda, en especial teniendo en cuenta que el propio Negro reconocía que aquel coche no podía importarle

menos, pero no por ello dejaba de alumbrar una pequeña luz en mi corazón, que reavivaba mi amor por ese indefenso y denodado “ser arrojado al mundo” que somos todos. Sentado al lado de la fuente, después de haber dado un par de largos tragos, contemplé ensimismado cómo iba cogiendo vigor la primera claridad, a la vez que los pajarillos comenzaban a piar en el bosque de pinos situado un poco más arriba. Aquel era sin duda el mejor momento del día. Sin embargo, aquella paz que me embargaba tras haberme reconciliado una vez más con el ser humano se vio pronto truncada. Porque acababa de determinar con claridad qué era lo que me estaba inquietando realmente aquella mañana, más allá de las sospechas del Padre Sebas o de la terquedad del Negro. Y es que en el fragor de la discusión, extraviada por momentos toda noción de sensatez, había cometido la imperdonable imprudencia de contarle al Negro dónde había encontrado yo al Scirocco azul eléctrico.